

(“los tejados y el maderamen”, p. 101), tan habituales en español, rompen en ciertos casos el ritmo de las monosílabas y bisílabas del francés (“des toits et des charpentés”). Estas dificultades están inevitablemente ligadas a la prosodia propia de cada idioma y, si bien generan un texto con una mayor densidad de sonidos y de acentos en español, se solventan en la traducción con un resultado satisfactorio. Hay casos en los que el texto en francés consigue una agilidad extremadamente difícil de emular: “La lune peignait ses cheveux avec un démêloir d’ébène qui argentait d’une pluie de vers luisants les collines, les prés et les bois”). Azpeitia sortea estos obstáculos en su traducción y los compensa haciendo uso de técnicas como la alteración del orden sintáctico: “La luna se peinaba los cabellos con un escarpidor de ébano que plateaba bosques, prados y colinas con una lluvia de luciérnagas” (p. 149). Esta modificación del reparto de los acentos —que cierra el texto con la esdrújula “luciérnagas” frente al final agudo y monosílabo de “bois»— es una apuesta arriesgada que resulta sorprendentemente convincente y, creemos, cumple su cometido, si bien no reproduce el ritmo a la manera del original francés.

La traducción de prosa poética es tanto o más compleja que la de poesía, y el texto de Bertrand que tenemos entre manos nos lleva a reflexionar sobre qué competencias necesita tener el traductor literario para acometer un encargo de estas características. A nuestro juicio, además de la consabida y ya tan manida “competencia traductora”, término redundante al fin y al cabo, son necesarias dos virtudes esenciales para traducir esta clase de textos: la sensibilidad poética y la humildad. Aunque la excelencia es una meta a menudo inalcanzable, la traducción de *Gaspar de la Noche* deja constancia de que la autora anda bien servida de ambas.

Elia MAQUEDA LÓPEZ

CASANDSAKIS, Nicos: *Informe al Greco*. Edición y traducción de Carmen Vilela Gallego. Cátedra: Madrid 2014. Col. Letras Universales. 742 pp.

Escrito en los últimos años de su vida y publicado tras su muerte, *Informe al Greco* constituye una “especie de autobiografía” de Nicos Casandsakis, tal como lo define el propio autor. No es difícil, por tanto, imaginar la riqueza y el valor documental excepcional de esta obra en la que Casandsakis explora la génesis de muchos de sus trabajos —tanto narrativos como dramáticos y, especialmente, *la Odisea*—, al tiempo que da cuenta de su significado filosófico, moral o religioso. A lo largo de más de seiscientas páginas, el autor de novelas tan conocidas como *Vida y hechos de Alexis Zorbas* y *La última tentación de Cristo* pasa revista a su propia vida y obra presentándolas ante el Greco como quien rinde cuentas ante su superior. Y es que el Greco fue para Casandsakis no solamente el espejo en el que se veía reflejado como cretense universal, sino uno de los mejores representantes del sincretismo entre Oriente y Occidente, sincretismo en el que, según Casandsakis, Creta desempeña un papel crucial. Por eso el Greco se convierte en una figura clave en la vida de Casandsakis y en el destinatario de esta suerte de testamento vital, quedando así incorporado a la tétada de referencia del escritor, formada por Cristo, Buda, Lenin y Ulises.

*Informe al Greco* (1961) es la segunda traducción de este autor que Carmen Vilela Gallego ha realizado para Cátedra, después de *El Capitán Mijalis* (1953), que apareció a finales de 2011. Ambas ediciones contienen extensas introducciones preparadas para la ocasión por la propia traductora. En el caso de *Informe al Greco*, a la amplia y amena introducción hay que añadir un aparato crítico muy equilibrado que ayuda a desentrañar las dudas que el texto pueda plantear sin entorpecer en ningún momento la lectura.

Pero el principal mérito de esta edición lo constituye la propia traducción. Hasta el año 2011, en que apareció la traducción de *El Capitán Mijalis*, las traducciones al español de las

obras de Casandsakis se habían realizado a partir de las versiones francesas e inglesas, pero nunca desde el griego. Ya el título elegido –*Informe al Greco* y no *Carta al Greco*, que es la forma adoptada en versiones anteriores en castellano– muestra el intento de la traductora por mantenerse fiel al original griego y apartarse de las traducciones a otros idiomas que, como es el caso de la versión francesa, traducen el término griego “anaforá” como “carta”, en lugar de “informe” o “rendición de cuentas”, que es el sentido que tiene en griego moderno. Este mismo espíritu es el que la ha llevado a transcribir el nombre de su autor como Nicos Casandsakis en lugar de emplear la fórmula más universalmente extendida, Nikos Kazantzakis, más relacionada con la fonética anglosajona.

Así, esta es la primera traducción española del libro que se vierte desde el original griego, lo que, tratándose de Casandsakis, adquiere un valor especial. Y es que, como bien indica Carmen Vilela Gallego en su prólogo, Casandsakis es uno de los autores griegos que presentan más dificultades a la hora de abordar su traducción. Estas tienen que ver con su peculiar modo de escribir, con su virtuosismo en la creación de un lenguaje literario propio, pero, sobre todo, con la utilización del dialecto cretense, una mezcla de elementos venecianos, turcos y populares, resultado de la convivencia de los pueblos que ocuparon la isla a lo largo de los siglos y que, junto a la aportación lingüística, favorecieron el surgimiento de una cultura propia. A pesar de su cosmopolitismo y de su contacto con diferentes pueblos y culturas durante su vida, Casandsakis se sentía profundamente cretense e intentó reflejar en sus escritos la esencia de este lenguaje popular. De hecho, su empeño en encontrar e incorporar los términos más adecuados (la mayoría de estos no estaban incluidos en ningún diccionario de griego moderno de la época) le hizo ganarse, en muchas ocasiones, las críticas más duras por parte de aquellos que sostenían que había creado un lenguaje imaginario que no se hablaba en ningún sitio y, por supuesto, tampoco en Creta. Y todo este esfuerzo creativo hay que enmarcarlo en un momento en que la lengua griega moderna aún no estaba totalmente estandarizada, ya que, sobre todo en el terreno literario, el *cazarevousa*, o lengua purificada, era todavía muy utilizado, frente al demótico, la lengua usada por el pueblo y de la que Casandsakis era un firme defensor.

Aunque en novelas como *Vida y hechos de Alexis Zorbas* y *El Capitán Mijalis* es más fácil identificar este tipo de lenguaje, *Informe al Greco* es quizá la obra de Casandsakis en la que la presencia de Creta se impone con mayor precisión. Y aquí reside la principal virtud de esta traducción, en que ha sabido captar la esencia creativa del imaginario literario y filosófico del autor sin incurrir en el preciosismo al que podría verse arrastrada por intentar reflejar la literalidad de este lenguaje tan singular. Este equilibrio se aprecia perfectamente en pasajes como “La mirada Cretense” (Capítulo XXXI) y “El regreso del hijo pródigo” (Capítulo XXVIII), donde el autor explica los pormenores de su proceso creativo, su perspectiva vital ante el paso del tiempo y el inevitable regreso al lugar de origen para darle un sentido a la vida: “Cuando un hombre, tras muchos años de lucha y peregrinajes en el extranjero, regresa a su patria y pone el pie sobre las piedras paternas, y rastrea con la mirada todo en rededor los paisajes familiares, repletos de espíritus del lugar, de recuerdos infantiles y ardientes deseos de adolescencia, de repente siente un sudor frío” (pág. 600). En este sentido, recuerda un poco al poema *La ciudad*, de Kavafis. De igual modo, es casi imposible no pensar en el poema *Ítaca*, del mismo autor, cuando Casandsakis presenta su sentido “cretense” de la lucha por la vida: “Sé bien que no se vence a la muerte; pero lo que dignifica al hombre no es la victoria, sino la lucha por la victoria” (pág. 656). Y esta idea de la lucha continua como fuente del optimismo vital también se observa en el epílogo, en el que Casandsakis trata a su compatriota de abuelo: “¿He vencido? ¿He sido vencido? Sólo sé una cosa: estoy cubierto de heridas y me mantengo en pie” (pág. 694).

David FERNÁNDEZ VÍTORES